

ARTE PALEOCRISTIANO

Manuel Vega

INDICE

- 1- Introducción
- 2- Los primeros años del cristianismo
- 3- La simbología
- 4- El advenimiento de Constantino I
- 5- Las artes
 - 5.1- Arquitectura
 - 5.2- Escultura
 - 5.3- Marfiles
 - 5.4- Pintura
 - 5.5- Mosaico
 - 5.6- El vidrio
 - 5.7- Los metales
 - 5.8- Literatura
 - 5.9- Música
- 6- La caída del Imperio Romano de Occidente
- 7- Bibliografía

1 INTRODUCCIÓN

El llamado Arte paleocristiano es un estilo artístico que tuvo su desarrollo durante los primeros cinco siglos de nuestra era. Su aparición se produjo con el advenimiento del cristianismo, antes incluso de su llegada a Roma y se prolongó hasta la caída del Imperio Romano de Occidente (476), debida a la llegada de los godos y otros pueblos bárbaros a la Europa Occidental. Este estilo tuvo en Oriente tiene su continuación en el arte bizantino.

En esos casi quinientos años de permanencia, el Arte Cristiano sufrió múltiples cambios y una incesante evolución.

Algunos historiadores del arte lo conciben como una variante del arte romano tardío, al que el cristianismo le incorporó un nuevo espíritu al integrarle una simbología propia.

Roma era en esa época el corazón del mundo Occidental. Es por eso que en esta ciudad fue donde mayormente se manifiestan las expresiones artísticas de los primitivos cristianos y es por ello que reciben una poderosa influencia del arte romano.

El arte paleocristiano se puede dividir en dos etapas: la primera, oculta y temerosa, y la segunda, posterior al año 313 en el que Constantino promulga el Edicto de Milán, decretando la libertad religiosa. Por medio de este edicto los cristianos adquirieron el derecho de manifestar públicamente sus convicciones religiosas y de esa manera el arte paleocristiano logró su máximo desarrollo y esplendor

2 LOS PRIMEROS AÑOS DEL CRISTIANISMO

En los primeros tiempos de la cristiandad se siguió al pie de la letra el mandato bíblico de no hacer imagen visible de Dios: *“No harás escultura, ni imagen alguna de nada de lo que hay arriba en el cielo, o aquí abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, ni les rendirás culto”* (Ex 20,4-5). La trascendencia de Dios se tomaba no de las imágenes, sino de su Palabra. San Pablo en su “Carta a los Romanos” dice: *“Alardeando de sabios, se han hecho necios y han trocado la gloria del Dios incorruptible por representaciones de hombres corruptibles, e incluso de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Para la fe cristiana es crucial que a Dios, que es espíritu, hay que adorarlo en espíritu y en verdad, no en imágenes”*.

Clemente de Alejandría fue el primero de los grandes Padres de la Iglesia en reconocer la diferencia entre “*ídolon*” e “*ikonon*”. El primero de estos términos suponía una idea pagana, un dios fabricado por la mano del hombre; el segundo

vocablo, representaba la imagen de Dios. Con el tiempo, llegará a aconsejar el conocimiento de Cristo mediante la utilización de los símbolos, advirtiéndolo, no obstante, evitar caer en la mentalidad pagana.

San Basilio Magno, en el año 379, en el capítulo III de su segunda carta “*De vita solitaria*”, habla de la vida de los santos como modelos a los que podemos mirar como imágenes hechas por un pintor. En su “*Tratado sobre el Espíritu Santo*”, señala que en Dios Padre y su Divino Hijo se contempla una sola imagen de la divinidad, sin diferencia. Su gloria no se divide en dos partes, sino que es única, lo que le hace exclamar: “*El honor hecho a las imágenes se traslada al prototipo*”. Con estas palabras da a conocer el fundamento teológico para la veneración de las imágenes.

La principal misión del arte de aquellos primeros años del cristianismo radicaba en hacer destacar la misión divina de Jesús, no su personalidad ni sus experiencias humanas. Por tal motivo, fue utilizado como una fuente de enseñanza y catequesis, lo cual explica que la Iglesia autorizara la decoración con escenas bíblicas (del Antiguo o del Nuevo Testamento) en las bóvedas, muros, altares y el mobiliario litúrgico de sus templos (iglesias, basílicas, etc.), utilizándose también con los mismos fines, pasajes de la vida de los santos.

El único lugar cristiano descubierto hasta hoy y anterior a Constantino I es Dura Europos, en pleno desierto sirio y a orillas del Eufrates. En él se conservan los frescos de un Baptisterio, en los cuales se representa la Resurrección de Cristo. En el Museo Nacional de Damasco, también provenientes de Dura Europos, se conservan pinturas del siglo III, entre ellas “Las Marías ante el Sepulcro”.

Es muy factible que los artistas cristianos primitivos estuvieran más influenciados por las técnicas pictóricas orientales que por la cultura helenística, claramente en decadencia. También es factible que los primeros cristianos acusaran de una falta total de valores espirituales.

Es importante recordar que los primeros cristianos vivieron en Palestina durante los años inmediatamente posteriores a Jesucristo y que de ahí se extendieron a Asia Menor y a Egipto. En ese país el cristianismo pronto se propagó entre la población nativa, cansada de sus amos, los terratenientes griegos. De la cultura tradicional del pueblo llano nació con fuerza el Arte Copto, alcanzando su máximo esplendor en el siglo III.

Durante largo tiempo el cristianismo fue una religión prohibida, a causa de que sus valores trastocaban la estructura social, política, económica y religiosa del Imperio Romano. Un decreto senatorial del año 35, declaró a la religión cristiana “*strana et illícita*”, extraña e ilícita. Tácito la llamó “*exitialis*” (perniciosa), Plinio, “*prava et inmódica*” (malvada y desenfrenada), Suetonio, “*nova et maléfica*” (nueva y maléfica), y Octavio de Minucia, “*tenebrosa et lucífuga*” (tenebrosa y enemiga de la luz). Era considerada el enemigo más peligroso del poder de Roma, que se basaba en

la antigua religión nacional y en el culto del emperador, instrumento y símbolo de la fuerza y de la unidad del Imperio.

Los primeros cristianos tuvieron pocos momentos de tolerancia, pues desde Nerón hasta Diocleciano (aproximadamente desde el 67 hasta el 303) solamente los Antoninos y los Severos, les permitieron salir esporádicamente a la luz. Diocleciano, por medio del Edicto de Nicomedia dictado el 24 de febrero del 303, emprendió la destrucción de todos los templos cristianos.

Lactancio, historiador de los siglos III y IV, en su obra *“De mortibus persecutorum”* ilustra la destrucción de la basílica de Nicomedia, ciudad situada en el Asia Menor: *“Aquel fue el día en que comenzó la muerte, el primer día de todos los males que sucedieron luego al orbe entero. Aquel día... cuando apenas alboreaba, el Prefecto de la ciudad, acompañado de jefes militares, de tribunos y de notarios, se presenta ante la iglesia, quebranta las puertas y busca la imagen del dios. Se prende fuego a los libros sagrados; todo se entrega a la rapiña. Unos son apresados, en otros cunde el miedo, se dan a la huida. ...Vinieron por tanto los pretorianos en escuadrón formado, con hachas y otros instrumentos de hierro, y, puestos a la obra, en pocas horas derribaron hasta el suelo, aquél elevado templo... Al día siguiente se publicaba el edicto que disponía que cuantos pertenecieran a aquella Religión fueran despojados de todo honor y dignidad”*.

Si bien la celebración eucarística la realizaban en los “Tituli” o casas cristianas, carecían de un lugar propio, por lo que se vieron en la necesidad de buscar refugios en donde celebrar sus actos de culto. Una actitud similar debieron adoptar para enterrar a sus muertos, ya que las leyes romanas impedían hacerlo dentro del recinto de las ciudades. A lo anterior se sumaban otros motivos de carácter religioso, que les impedían hacerlo en las necrópolis, que estaban situadas en las cercanías de las vías que cruzaban en todas direcciones los territorios del Imperio.

En Roma, aunque los hubo en diferentes ciudades, esos refugios los encontraron en las catacumbas, que eran extensas galerías subterráneas, en cuyos muros se excavaban nichos rectangulares, llamados **“loculos”** donde se colocaban los cuerpos de los cristianos muertos, teniendo preferencia aquéllos que eran considerados mártires.

Los primeros cristianos no usaban el término **“catacumba”**. El origen de esta palabra es incierto; algunos estudiosos suponen que proviene del griego *kata* o debajo y *tumbos* o túmulo (también *kata* o debajo y *kumbh* o excavación). Otros afirman que viene del latín *cumbo*, verbo que, combinado con las partículas *ad cum* y *de*, significa *yacer* o estar acostado, de ahí que **catacumba** signifique “lugar donde se está acostado”. Una tercera traducción que se le aplica es “agujero”, nombre de un barrio romano, en cuyas proximidades había un cementerio subterráneo. Hay, no obstante, cierto consenso en aceptar que el término es de origen griego y significa “cavidad”. Los romanos llamaban así a una localidad de la Vía Appia, en la que se encontraban canteras para la extracción de los bloques de toba. En el siglo IX el término se

extendió a todos los cementerios con el significado específico de cementerios subterráneos.

Junto a la Vía Appia se encuentran las catacumbas de San Calixto, las de San Sebastián y las de Pretextato; en la Vía Ardeatina, las de Santa Domitila, las de Priscila en la Vía Salaria y las de Santa Inés en la Nomentana. Todas ellas representan más que una mínima parte de las sesenta que hoy se tiene noticia, con más de seiscientos kilómetros de galerías subterráneas de planta laberíntica, con cuatro o cinco sepulturas por piso, una sobre otra, como los nichos de un cementerio moderno.

La construcción de las catacumbas era un trabajo efectuado por un grupo de obreros llamados “fossores” o excavadores”. Cavaban las galerías prácticamente en la oscuridad total, en ocasiones alumbrados solamente por pequeñas lámparas de aceite. El vital aire que respiraban les llegaba a través de los lucernarios, que eran grandes perforaciones que llegaban hasta la superficie. Estas chimeneas les servían asimismo para extraer la tierra de los túneles y una vez terminadas las excavaciones, los lucernarios permanecían como conductos de aire y de luz.

La sepultura de los primeros cristianos era muy sencilla; los cadáveres se depositaban en el “*loculo*” envueltos solamente en una sábana o lienzo, sin ataúd. Posteriormente se fijaban con argamasa grandes lápidas de mármol, piedra o simplemente una pieza de barro. Con frecuencia se depositaban junto a las tumbas lámparas de aceite y recipientes con perfumes.

Además de los “*loculos*”, fueron utilizadas otras clases de tumbas:

El **Arcosolio**, tumba típica de los siglos III y IV, que era un nicho de mayor tamaño con un arco sobrepuesto. La lápida se colocaba en forma horizontal y era utilizada por una sola familia.

El **Sarcófago** era un sepulcro de piedra o mármol, cuyas paredes exteriores estaban profusamente adornados con inscripciones o esculturas en relieve.

La **Forma**, eran tumbas cavadas en el suelo alrededor del nicho donde estaba depositado un mártir.

Los **Cubículos**, término que literalmente significa “*cuarto de dormir*”, eran pequeñas cámaras con capacidad para varios lóbulos (por tanto, constituían verdaderas tumbas de familia).

La **Cripta** era una cámara de grandes dimensiones. Con el tiempo, las criptas se convirtieron en pequeñas iglesias subterráneas, embellecidas con pinturas o algún otro tipo de decoración.

Los muros y techos de esas galerías, pero especialmente las pesadas lápidas que cubrían los nichos, fueron decoradas inicialmente con signos y alegorías del dominio público. Estas lápidas ejemplifican las más tempranas representaciones de un arte que

estaba naciendo, motivo por el cual se ha aseverado que el Arte Paleocristiano tiene un lugar específico de nacimiento: Las Catacumbas.

Allí celebraban sus asambleas, las que se iniciaban con el tradicional saludo: “*Que la paz sea con vosotros...*” para continuar con el rezo de las letanías, que el pueblo contestaba a coro; seguían dos oraciones breves, diversas lecturas, canto de un salmo, lectura y comentario del Evangelio. Cuando concluía esta primera parte, se despedía a los catecúmenos y paganos. Continuaba la ceremonia con el ofertorio, durante el cual los asistentes ofrecían sus presentes o limosnas y a continuación se hacían los preparativos para el sacrificio mediante el rezo de varias oraciones. Una vez que el sacerdote efectuaba la consagración, la asamblea comulgaba bajo las dos especies, un fragmento de pan consagrado era depositado por el sacerdote en la mano derecha de cada comulgante, y tomaba un sorbo del cáliz que era pasado, de mano en mano, por el diácono. Finalmente, los fieles hacían una oración en acción de gracias y recibían la bendición episcopal utilizando la fórmula de despedida que aún subsiste: “*Idos, la misa ha terminado*”.

Al comienzo del siglo IX los papas, por razones de seguridad hicieron trasladar las reliquias de los mártires y de los santos a las iglesias de la ciudad. Una vez realizado el traslado de las reliquias, no se volvieron a visitar las catacumbas y se abandonaron totalmente, excepto las de San Sebastián, San Lorenzo y San Pancracio. Con el tiempo, materiales de desprendimientos y la vegetación obstruyeron y escondieron las entradas de las demás, hasta el punto de que se perdió su rastro ignorándose su ubicación a lo largo de toda la Edad Media.

La exploración y el estudio científico de las catacumbas fueron encarados, en el siglo XVI, por Antonio Bosio, a quién se le llegó a conocer como el “*Colón de la Roma subterránea*”. Fue hasta el siglo XIX, cuando Juan Bautista de Rossi, considerado el fundador y padre de la Arqueología Cristiana, realizó la exploración sistemática de las catacumbas, especialmente de las de San Calixto.

Una de las catacumbas más famosas de Roma es la de San Calixto que se encuentra en la Vía Appia Antica. Su construcción se inició en la segunda mitad del siglo II. Ocupando una extensión de 15 hectáreas, con una red de galerías de casi 20 km. en diferentes niveles, alcanzaba una profundidad superior a los 20 metros. Recibió su nombre del diácono San Calixto, designado a principios del siglo III por el Papa Ceferino como administrador del cementerio. De ese modo, las catacumbas de San Calixto se convirtieron en el cementerio oficial de la Iglesia de Roma.

La zona externa, a ambos lados de la vía Appia, y anterior a la construcción de estas catacumbas, se encontraba ocupada por sepulcros paganos. Posteriormente fueron construidos mausoleos y pequeñas basílicas en los lugares en donde se encontraban las tumbas de algunos mártires. De estos monumentos, solamente han permanecido en pie dos pequeños edificios llamados “*Tricoras*”, por los tres ábsides que constituyen su planta. Las dos *tricoras* han sido restauradas; una de ellas se encuentra ocupada por un pequeño museo, que contiene inscripciones del cementerio y

numerosos fragmentos de sarcófagos, que representan escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

La más importante de las piezas allí resguardadas es el “*sarcófago del Niño*”, llamado así por sus pequeñas dimensiones. Este sarcófago se puede considerar como un pequeño muestrario del arte Paleocristiano en el momento de su nacimiento. Las escenas en él esculpidas son: Noé con la paloma en el arca, un profeta que sostiene el rollo de la Ley, Daniel en el foso de los leones, un niño orante entre dos santos, el milagro de Caná y la resurrección de Lázaro, en donde se puede apreciar a María, hermana de Lázaro, arrodillada a los pies de Jesús. En el centro de la tapa aparecen dos geniecillos que sostienen una tablilla y en sus extremos, como ornamentación cuatro cabezas.

Las escenas representadas en este sarcófago reflejan un profundo simbolismo, pues el cristiano nace a la vida divina mediante el Bautismo y mantiene esa vida divina con el pan) y el vino consagrados en la Misa. La Eucaristía le ofrece la resurrección final. Así el cristiano vivirá en el paraíso. Por lo tanto toda la simbología aquí representada solamente hace eco de las palabras de Jesús: “*Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día*” (Jn 6, 54).

En la otra de las tricoras fue sepultado el joven mártir de la Eucaristía, San Tarcisio y el papa San Dámaso.

El cementerio subterráneo consta de distintas áreas. A la zona llamada Cripta de los Papas que es el lugar más sagrado e importante de estas catacumbas, se le ha llamado el “pequeño Vaticano”, porque en él se enterró a nueve papas y a ocho dignatarios de la Iglesia del siglo III. En sus muros están las inscripciones en griego de cinco papas. En cuatro lápidas, junto al nombre del pontífice, figura el título de “obispo”, porque se consideraba al papa como cabeza de la Iglesia de Roma; y sobre dos lápidas se lee la abreviatura griega “MPT” que son las iniciales de “mártir”. Los nombres de los papas, grabados en las lápidas, son: Ponciano, Antero, Fabiano, Lucio y Eutiquiano. En la pared del fondo se colocó también al papa Sixto II, víctima de la persecución del emperador Valeriano.

Una de las criptas más conocidas es la llamada “Cripta de Santa Cecilia”, la santa patrona de la música. Era de familia noble y fue martirizada en el siglo III. Fue sepultada en este lugar. En 821 sus reliquias se transportaron a la basílica dedicada a ella en el Trastévere. La cripta estaba decorada con frescos y mosaicos de comienzos del siglo IX. En el muro hay una pintura de Santa Cecilia, en actitud orante; más abajo, en un pequeño nicho, se ve la figura del Salvador, que tiene en una mano el libro de los Evangelios; junto a él está pintado el papa mártir San Urbano. En una pared del lucernario se ven las figuras de tres mártires: Polícamo, Sebastián y Quirino.

Otros lugares de gran importancia dentro de estas catacumbas son los llamados “*Cubiculos de los Sacramentos*” que constan de cinco pequeñas estancias, verdaderas tumbas de familia, que se encuentran profusamente decoradas con magníficos frescos, pintados a inicios del siglo III y que representan simbólicamente los sacramentos del

Bautismo y de la Eucaristía. En ellos se encuentra la imagen del profeta Jonás, símbolo de la resurrección de Cristo.

Recorriendo la galería se encuentra el cubículo del diácono Severo, importante por una inscripción en la que, por primera vez, el obispo de Roma, Marcelino, recibe el nombre de “papa”; el cubículo “de las Ovejas”, con frescos que representan a Cristo como “Buen Pastor” rodeado de ovejas y en la pared del fondo, dos peces con un cesto de panes, símbolo de la Eucaristía. Estos son algunos de los más antiguos frescos de las catacumbas romanas, elaborados a finales del siglo II o principios del III. Más adelante se encuentra la zona de los papas San Cayo y San Eusebio. Esta cripta excavada a finales del siglo III, es de grandes dimensiones y se utilizaba para las asambleas de la comunidad.

Las inscripciones en las lápidas sepulcrales encontradas en las catacumbas hacen, con cierta frecuencia, referencia a los sacramentos, especialmente al bautismo. Son muchos los ejemplos en que los cristianos quisieron evocar en sus epitafios la propia condición de pertenecer a la Iglesia, definiéndose a sí mismos como “*natus*” nacido, “*renatus*” renacido, “*luce renobatus*” renovado en la luz, o utilizando expresiones como: “*gratiam accepit*” (recibió la gracia). Se han encontrado también inscripciones que indican que la persona falleció antes de alcanzar el bautismo, surgiendo los títulos de “*catechumenus*” (catecúmeno), “*candidatus in Christo*” (candidato a ser cristiano), “*neophita*” (neófito) o “*neophotistos*” (recientemente iluminado). Un ejemplo que ilustra lo anteriormente descrito es la inscripción en la tumba de un niño muerto a mediados del siglo V:

“Aquí yace Pascasio, nacido con el nombre de Severo, en los días de Pascua, jueves 4 de abril... vivió seis años, recibió la gracia el 21 de abril y dejó su blancas vestiduras en el sepulcro en la octava de Pascua”.

También el Sacramento de la Confirmación es citado en los epígrafes, utilizando fórmulas previamente establecidas: “*unctus-a est crismate*”, fue ungido con el crisma, “*consignatus-a*” o “*consecratus-a*”, fue confirmado. Un sarcófago encontrado en Espoleto recuerda a una mujer, neófito, “*Picentia Legitima consignata a Liberio Papa*” (Picencia Legítima confirmada por el papa Liberio¹). Un texto particularmente rico en información acerca de la administración de los sacramentos, lo proporciona el epígrafe grabado en el sarcófago de los cónyuges Flavio Julio Catervio y Septimia Severina, encontrado en Tolentino; en él, además de las citas del bautismo y la confirmación, se añade el recuerdo del sacramento matrimonial con un formulario entrelazado de formas poéticas:

“El Señor Omnipotente, que con méritos iguales los unió a ustedes en el dulce vínculo del matrimonio, custodia para siempre su sepulcro. Oh Catervio, Severina es feliz por estar unida a ti: puedan ustedes resurgir juntos, con la gracia de Cristo; oh felices ustedes a quienes el sacerdote del Señor, Probiano, lavó con el agua bautismal y ungió con el sacro crisma”.

¹ Liberio fue pontífice entre los años 352 y 366.

Las alusiones a la eucaristía, en la epigrafía cristiana, no son muy abundantes, pero tienen un gran valor por el aspecto dogmático que revelan. En la basílica de San Lorenzo, en Roma, se descubrió un epitafio en el que se escribió “*verus in altari cruor est vinum*” (el vino en el altar es auténtica sangre) en alusión al dogma de la transubstanciación. Otras menciones del sacramento de la eucaristía se pueden encontrar en algunos poemas sepulcrales redactados en griego.

3 LA SIMBOLOGÍA

La definición y preservación de las verdades de la fe exigía mucha cautela en un ambiente tan adverso como el del Imperio romano en aquellos siglos. Los catecúmenos habían sido divididos en dos grupos: “*audientes*” u “oyentes”, que eran aquellos que deseaban iniciarse en la fe, y los “*electi*” o “elegidos”, que se preparaban ya para su ingreso en la comunidad cristiana. Entre estos aspirantes en ocasiones se mezclaban espías a sueldo, por lo que, para reconocerse, los fieles utilizaban símbolos. Puede asegurarse que el simbolismo cristiano es un elemento figurativo que protegió a los creyentes de sus enemigos externos.

Las primeras representaciones del arte paleocristiano en su mayoría son pinturas monocromáticas realizadas con las técnicas del fresco, sobre un fondo blanco, que con la oxidación propia del paso del tiempo ha tomado un tono amarillento. Todas estas primeras imágenes tienen un origen pagano, que al ser transformado su significado y convertirse en auténticos símbolos cristianos trascienden los siglos. A pesar de no poderse apreciar en ellas una depurada técnica, ni un gran valor estético, es muy grande su valía puesto que fueron elaboradas por personas que carecían de una sólida formación pictórica.

Los ejemplos más representativos de estas pinturas que se convirtieron en símbolos son: la **palmera**, que fue transformada en símbolo por no perder nunca su verdor. Los **ciervos sedientos**, que representan a los hombres que necesitan el agua del Bautismo. El **pavo real**, de quien los romanos decían que su carne prolongaba la vida, y la **vid**, entre otros.

El “Jardín con palmera” que en la Roma de los Cesares fue solamente un elemento decorativo más, pasa ahora a representar “*El jardín del Edén*”. “El Apolo cargando una oveja” es transformado en “*El Buen Pastor*”, que hace referencia a Cristo y a su Iglesia.

El símbolo más importante fue el **pez**, que en la antigüedad significaba la fertilidad por el gran número de huevos que pone, pero con la nueva mentalidad traída por el cristianismo, cobra gran importancia y veneración pues la palabra **ichthys** (pez) esconde las iniciales de una frase de gran trascendencia: “**JESÚS CHRISTOS YIOS SOTER**”, la que se traduce como: JESUCRISTO HIJO DE DIOS SALVADOR.

En el siglo II, Clemente de Alejandría, considerado uno de los Padres de la Iglesia, recomendaba el uso de estos símbolos: *“Nuestros sellos deben estar adornados de una paloma o un pez, o de una nave a toda vela, o de una lira o de una ancla...”*.

La primera imagen de Cristo apareció hacia el año 430, una vez que entraron en vigor las reformas del emperador Constantino.

En siglos anteriores se desató una gran controversia entre los especialistas del Arte Paleocristiano, pues no lograban ponerse de acuerdo en una fecha específica de inicio. Sin embargo, con las modernas técnicas de datación, ahora sabemos con certeza que las primeras imágenes, como las encontradas en la catacumba de Santa Domitila, fueron pintadas a finales del siglo II.

De la forma antes descrita, fue creada una nueva iconografía, con representaciones de verdaderos ideogramas, cuya figura principal es Cristo. Todos esos símbolos fueron conocidos y utilizados por los cristianos de diferentes regiones, aunque éstas se encontrasen a miles de kilómetros unas de otras, lo que demuestra la existencia de una unidad de pensamiento.

En Roma, al hacer la recimentación de la iglesia de San Clemente, se encontraron vestigios de una construcción similar a la antes descrita y que contaba con una estancia de proporciones desacostumbradas que incluía pinturas del mismo estilo, lo que hace pensar que se trataba de un lugar dedicado al culto cristiano. En la ciudad de Nápoles se encontraron sitios semejantes.

Los pobladores del Imperio Romano admiraban la cultura helenística y esta particularidad modificó substancialmente la evolución del Arte cristiano que, en un principio, se destacó por la simbología que seguía de forma invariable el segundo mandamiento de la ley mosaica. Sin embargo, poco a poco, los relieves y las pinturas se fueron transformando hasta representar imágenes perfectamente identificables que conllevaban un creciente estilo grecolatino.

4

EL ADVENIMIENTO DE CONSTANTINO I

Caius Flavius Aurelius, proclamado emperador con el nombre de Constantino I, llamado más tarde el Grande, nació en Naissus, hoy Nisch en Servia. Era hijo del general Constancio Cloro, quien posteriormente sería nombrado emperador romano y Santa Helena, una mujer de recio carácter, habilidades extraordinarias y que profesaba el cristianismo desde antes de su matrimonio. La fecha de su nacimiento no es conocida con certeza, aunque se estima que sucedió entre 274 y el 288.

Cuando Constancio Cloro fue elevado a la dignidad de Augusto volvió al lado de su padre bajo cuyo mando estuvo corto tiempo pues Constancio murió el 25 de julio de 306. Constantino fue inmediatamente proclamado César por sus tropas, título que fue reconocido por Galerio. Este acontecimiento fue rápidamente imitado por Majencio proclamándose César en Roma en el mes de octubre del año 306.

En la primavera de 312, Constantino inició su marcha hacia Italia, a pesar de que sus ejércitos eran muy inferiores a los de Magencio (de acuerdo con varios testimonios, las fuerzas de Constantino se cifraban en 25.000 soldados, mientras que las de Magencio en 190.000 hombres fuertemente armados). En la batalla del Puente de Milvio, lugar situado a solamente tres kilómetros de Roma, Constantino venció a Magencio, que murió al derrumbarse el puente por el que huía después de su derrota.

Tanto Eusebio como Lactancio, historiadores de esta época, relatan que la noche anterior a la batalla en la que estaba en juego el futuro del Imperio Romano, Constantino tuvo una visión donde aparecía una gran cruz en el cielo, con una inscripción que decía las siguientes palabras “*con este signo vencerás*”. De inmediato el emperador ordenó que en todos los escudos de sus soldados se pintara una cruz, además de adoptarla como su propio lábaro.

El signo empleado fue el “**CRISMON**”, que es el anagrama de Cristo y que era utilizado ya por los primeros cristianos. Este símbolo está conformado por las dos primeras letras griegas del nombre de Cristo. Posteriormente le fueron agregadas las letras alfa y omega, a las que se les dio el significado de “Principio y Fin”, por ser la primera y última letras del alfabeto griego.

El advenimiento de Constantino como emperador romano, trajo consigo un cambio absoluto en la vida de los cristianos, así como también en el desarrollo del arte, pues proclamó en la ciudad de Milán, en el año 313, un edicto que concedía la libertad religiosa a todos los ciudadanos del Imperio. Este edicto se inicia con las siguientes palabras: “*Percibiéndose desde hace tiempo que no debe negarse la libertad religiosa, sino que debe ser concedida la facultad de practicar los deberes religiosos, según sus convicciones, al juicio y deseo de cada uno, hemos dado ordenes, para que todos, tanto cristianos como otros creyentes, puedan conservar la fe de su secta y religión.*”

Esta revolucionaria disposición trajo consigo otras medidas no menos extraordinarias, pues se reintegraban a sus legítimos propietarios bienes anteriormente confiscados a causa de sus creencias religiosas. Se retiró la prohibición de testar a favor de los cristianos. Se instituyó oficialmente el domingo como fiesta religiosa. Se promulgaron leyes que abolían la muerte en la cruz, castigo muy común en esa época. Todo este conjunto jurídico se hizo de observancia obligatoria en todos los confines del vasto imperio. Para hacerlo efectivo fueron enviadas amonestaciones a los gobernadores de las diferentes provincias, ordenándoles su acatamiento. Algunas de esas misivas se conservan en las grandes bibliotecas italianas.

Con el Edicto de Milán, el arte que se ocultaba en las catacumbas salió a la luz y los artistas pintores, escultores y arquitectos, pudieron dedicarse, sin cortapisas, a

elaborar obras de arte, que en un futuro muy cercano tendrían una importante función didáctica, pues la obra evangelizadora estaba por iniciarse.

5 LAS ARTES

5.1 ARQUITECTURA

En materia de arquitectura, poco se puede decir en estos primeros siglos del cristianismo. Se desconocen las construcciones cristianas anteriores a Diocleciano, pero es sabido que de los “tituli” o casas particulares fueron utilizadas por los primeros cristianos para sus celebraciones religiosas, reducidas en un principio solamente al ámbito familiar. Por razones obvias, no existió un estilo arquitectónico meramente cristiano, sin embargo, en excavaciones efectuadas en Dura Europos, localidad en lo que ahora es Siria, se encontraron restos de una casa habitación, que aunque aparentemente es similar a otras ahí localizadas, en sus muros se observan pinturas con los temas iconográficos antes descritos y además un salón que incluye una pileta hecha de mampostería, cubierta por una especie de baldaquino. El estudio de todos estos elementos reunidos en un solo espacio ha llevado a la conclusión de que esta casa era un lugar de reunión de los cristianos del lugar y la amplia sala hacía las veces de baptisterio.

Esta manifestación artística que en la época inmediatamente anterior a las reformas de Constantino no pudo florecer, ahora gracias a la protección imperial cobró gran auge, iniciándose la construcción de un gran número de templos cristianos; todos ellos de planta basilical. El grupo más moderado de la naciente iglesia, no veía con buenos ojos la proliferación de templos pues tenía justificados prejuicios ante el desenfreno que existía en los templos paganos, de los se había escrito: *“los amantes se ponen de acuerdo para consumir su adulterio, los alcahuetes pululan entre los altares y las habitaciones de los sacerdotes y las demás dependencias del templo son verdaderos prostíbulos”*. Esta descripción de un templo pagano, por exagerada que fuese, exigía el establecimiento de una rigurosa reglamentación sobre su uso y asistencia. En el 375 se establecieron las reglas para la ubicación de los asistentes a los actos de culto. Con este fin fueron creadas las jerarquías de Proteros y diáconos cuya labor era la de vigilar los sitios reservados para los hombres y los ocupados por mujeres. De acuerdo a esta reglamentación, las construcciones religiosas deberían semejarse a la forma de la “Jerusalén Celeste”, descrita en el Apocalipsis de San Juan (Ap. XXI, 12).

Las basílicas son construcciones de forma rectangular que están divididas en tres largas naves, separadas entre sí por filas de columnas que sostienen una techumbre de doble vertiente, carecen, por lo tanto, de las bóvedas que dieran gran fama a la arquitectura romana. Eran edificios públicos que se utilizaban como lugares de

reunión, en los que se congregaban algunos tribunales o se efectuaban transacciones comerciales.

En las basílicas romanas la nave central era más alta que las laterales, por lo que se le abrían ventanas para la iluminación interior. La entrada estaba ubicada en cualquiera de sus extremos; en el que no poseía una y en el caso de que se tratase de un local destinado a palacio de justicia, se solía colocar el estrado, desde donde se administraba justicia. En algunos casos contaba con un pórtico semicircular del que se ha asegurado que es el origen del ábside paleocristiano. Eran también los grandes mercados que proveían a Roma de artículos de primera necesidad. Las naves laterales, hacían las veces de lonja mercantil.

Para una mejor comprensión de la estructura de las basílicas, se presenta a continuación una breve descripción de la conformación de una planta basilical: la estructura de una basílica, cubierta por una techumbre de madera, a dos aguas, comprendía un *vestibulum* o entrada al *atrium* que constaba de un gran patio y una fuente central. El atrio se encontraba cerrado por largos corredores los que constituían el *nártex*, por medio del cual se accedía al pórtico, en donde se ubicaban los catecúmenos, es decir los que estaban recibiendo la instrucción religiosa y aun no habían sido bautizados.

El cuerpo de la iglesia, siempre dirigido hacia el Oriente, constaba de tres o cinco naves, separadas por hileras de columnas. La nave Norte era llamada del Evangelio por ser ese el sitio donde tal libro era leído y se destinaba exclusivamente a las mujeres; la nave Sur o de la Epístola, era ocupada por los varones. A esta sección se le sumaba el coro menor, situado en la nave central y era el lugar en donde se situaban los cantores y los diáconos. A los costados se localizaban dos ambonos, especie de pulpitos elevados desde donde se dirigían los cánticos y las oraciones.

La parte del presbiterio reservada especialmente para los sacerdotes y en donde se encontraba la sillería para su uso y especialmente, la cátedra episcopal, estaba separada por un muro con puertas denominado *septum* por lo que la nave del crucero que estaba detrás era llamada *transeptum*. En el centro del presbiterio se encontraba el altar y bajo ella la *confessio* o cripta, en donde se veneraba la reliquia del templo. En Oriente, existen diferencias muy marcadas, especialmente en los arcos, bóvedas y cúpulas, además presentan el *ábside*, un elemento semicircular, poco utilizado en la arquitectónica occidental y básico en el arte bizantino.

La fachada carecía de ornamentación, rompiendo su uniformidad las diversas ventanas y las tres o cinco puertas, de acuerdo al número de naves, que daban acceso al interior.

La primera basílica dedicada a esos fines procede del año 204 A.C. Por el nombre de su constructor fue llamada Basílica Porcia. Este tipo de edificaciones proliferó en todo el Imperio, siendo la más conocida y famosa la de Pompeya. Constantino adoptó este modelo para los nuevos templos cristianos, pues sus

características de espacio y sobriedad se prestaban para la celebración de reuniones y asambleas religiosas.

San Juan de Letrán fue la primera basílica cristiana en Roma y se ubica en los que fueron terrenos anexos al palacio de Constantino. Sus dimensiones son gigantescas, pues cuenta con cinco naves, además de un baptisterio de novedoso diseño, ya que tiene forma octagonal. No se puede decir que la que ahora admiramos sea la estructura original, pues a través de los siglos ha sido objeto de múltiples adiciones y reconstrucciones. Sin embargo, conserva su planta original.

En Roma, sin lugar a dudas la más importante basílica fue y será San Pedro, construida en la Colina Vaticana sobre el sepulcro de este santo. En la actualidad no queda ninguna huella del antiguo templo, pues fue derribado para dar lugar a la maravilla arquitectónica actual y en la que participaron los más grandes artistas del renacimiento.

Bajo el patronazgo de Constantino se edificaron, también en la capital imperial, las basílicas de la Santa Cruz, la de Santa María la Antigua, la de los Santos Pedro y Marcelino; a la que posteriormente se le agregó el mausoleo de Santa Elena. Especial atención merece la iglesia de Santa Constanza, que es a la vez el monumento funerario de Constantina Augusta, hija del emperador. Su planta circular está cubierta por una bóveda sostenida por seis pares de columnas. Sus interiores están recubiertos de bellos mosaicos.

La persona que tuvo mayor influencia en Constantino fue su madre Santa Elena sin cuya labor no se podría hablar de un florecimiento del arte Paleocristiano. En el año 326 A. C. hizo posible que la ciudad Aelia Capitolina recobrase su nombre original y emprendió un viaje de peregrinación a Palestina en busca de los Santos Lugares.

Anteriormente Macario, obispo de Jerusalén pidió y obtuvo el permiso del Emperador para derribar el Capitolio y el templo de Júpiter erigidos en esa ciudad durante el reinado de Adriano. Estos edificios habían sido levantados en el sitio en donde la tradición decía que eran los lugares de la muerte y resurrección de Cristo. El permiso fue dado sin contratiempos, pues Constantino, en su “Edicto de Milán” contemplaba la restitución de los templos cristianos, así como de los lugares consagrados a las sepulturas de los mártires.

Una vez llegada a Jerusalén, Santa Elena tuvo conocimiento que bajo un templo pagano dedicado a Diana, se encontraba una gruta en la que había sido depositado el cuerpo de Cristo. De inmediato mandó destruir ese templo y tal y como la tradición decía encontró la cueva del Santo Sepulcro. De acuerdo a lo dicho por el historiador y biógrafo Eusebio de Cesárea, dentro de esa gruta encontró una serie de objetos que resultaron ser la Verdadera Cruz, los clavos, la Sabana Santa y otras reliquias sagradas. Como emperatriz que era ordenó que en ese sagrado lugar fuese levantada una gran basílica. El propio emperador en una carta dirigida a Macario, obispo de Jerusalén, le

decía: *“Confío en su inteligencia para entender el porqué es necesario construir una basílica que sea no solamente la más bella hasta ahora, sino que opaque la belleza de todos los monumentos... porque el lugar más maravilloso del mundo debe tener la ornamentación adecuada a tan insigne lugar”*. Tampoco Constantino ponía reparos a la hora de brindar ayuda, sugiriéndole al obispo que, no dudara en pedirle toda la ayuda necesaria, ya sea en materiales de construcción, como columnas, bloques de mármol, etc. o en oro, para la ornamentación y el pago de los constructores.

Ante la escasez de mano de obra provocada por esa fiebre de construcción, Constantino, en el año 334, expidió las siguientes ordenanzas: *“Se necesita a todos los arquitectos posibles, pero como no los hay, Vuestra Exc. Animará a estos estudios a los hombres de las provincias africanas que tengan alrededor de dieciocho años y que gusten de las artes liberales. Para hacérselo atractivo, es nuestra voluntad que, tanto ellos, como sus parientes queden libres de las obligaciones que se acostumbren a imponer a los individuos y que se asigne a los estudiantes un salario adecuado”*.

La basílica del Santo Sepulcro se asienta en un terreno rectangular que comprende un gran complejo cuyos edificios principales son el **“Martirión”**, levantado en el sitio exacto del martirio de Cristo y el **“Anastasis”**, llamado así porque se encuentra asentado sobre el Sepulcro y desde ese lugar Cristo bajó al **“Hades”** o como la Iglesia Católica lo llama, el *“Seno de Abraham”*, para redimir a los justos que habían muerto. Este conjunto se encontraba rodeado de pequeños hostales para alojar a los peregrinos que ahí se congregaban.

No se puede afirmar ni negar con veracidad que la actual basílica del Santo Sepulcro sea la misma que patrocinaron Santa Elena y Constantino, puesto que ha sufrido múltiples restauraciones y ampliaciones, que le han agregado una serie de capillas para el culto de las diferentes religiones que adoran a Cristo.

De ésta misma época y por iniciativa de Santa Elena provienen también las basílicas de la Natividad, en Belén y la del Monte de los Olivos, en Jerusalén.

En los primeros siglos, las reliquias más importantes como lo eran la Corona de Espinas y los instrumentos de la Pasión, permanecieron en la Basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén. En el año 409 San Paulino de Noél, en sus escritos hace clara referencia a ellos. Fue hasta el año 1053, cuando dichas reliquias fueron transportadas al Palacio Sagrado de Constantinopla, para protegerlas de robos y saqueos.

Existe documentación histórica que asevera que Santa Helena construyó en el año 330 una capilla y una fortaleza para refugio de los anacoretas en el *“Lugar de la Zarza”* en honor de la Virgen María. Esta información es corroborada por el manuscrito que relata el viaje de Egeria a los Santos Lugares. Describe las pequeñas iglesias construidas entre los años 372 y 374, en la cima del Monte Sinaí, en el Monte Horeb y en el lugar preciso en donde Moisés vio la *“zarza ardiendo”*. Describe también un hermoso jardín con agua abundante.

En el 557 el emperador Justiniano, construiría en el sitio sagrado una hermosa iglesia rodeada por una gran muralla, ambas de granito, que servía de defensa a los monjes que allí habitaban. Entre las inscripciones halladas en diferentes partes de la estructura, aparece el nombre de Esteban Ailios de Ailá, arquitecto que construyó la fortaleza.

Esta iglesia, como todas las de planta basilical, consta de tres naves separadas por tres hileras de seis columnas de granito, cuyos capiteles están decorados con diversos motivos. Tiene un amplio nártex, de 40 m. de largo por 19,20 m. de ancho, medidas que incluyen las Capillas de la Santa Zarza, la de Santiago y la de los Santos Padres Sinaítas, situadas detrás de la nave mayor. Llamam especialmente la atención las tallas en madera del Altar y de las puertas de entrada del templo, construidas con cedros del Líbano en el siglo VI. Las puertas del nártex fueron obra de los cruzados en el siglo XII.

Otro tipo de edificaciones que hicieron su aparición después del Edicto de Milán fueron los baptisterios, que generalmente se encuentran adosados a las basílicas. Estos lugares construidos específicamente para efectuar los bautizos poseían una gran pila, también de forma octagonal, lo que viene a confirmar que también la arquitectura está llena de simbolismo (el numero 8 al variar de posición significa infinito y los cristianos al bautizarse adquieren la “vida eterna”).

Uno de los baptisterios más notables es el de San Juan de Letrán, en Roma, construido por orden de Constantino I. También muy conocido e importante es el de Ravena, denominado “el Baptisterio de los Ortodoxos” y construido por el rey ostrogodo Alarico.

5.2 ESCULTURA

En contraposición a la grandiosidad de la escuela romana de escultura, heredera directa de los grandes artistas griegos, como Fidias y Praxíteles, el arte escultórico en los primeros años del cristianismo se redujo a simples lápidas funerarias que reproducen la misma simbología utilizada en la pintura. En algunos sarcófagos aparecen “amorcillos” que portan guirnaldas y que seguramente son aportaciones estéticas de los escultores paganos que los elaboraron.

Es muy comprensible que la escultura no tuviese un gran avance, pues los tiempos difíciles que corrían para los que profesaban la nueva fe impedían el desarrollo de un estilo propio. No obstante, se han conservado algunos monumentos funerarios de magnífica factura, cuyos frentes y costados aparecen por vez primera decorados con pasajes bíblicos.

Las obras mas antiguas se concretan a representar escenas extraídas de la antigua cultura pagana pero que con la nueva simbología se les daba una interpretación cristiana.

El motivo predominante en la ornamentación de algunos sarcófagos son líneas sinuosas verticales, llamadas **estrígiles** y sus esquinas están rematadas por cabezas de leones o de carneros.

Uno de estos sarcófagos, actualmente situado en Santa María Antigua, al que los especialistas han fechado como proveniente del siglo III, demuestra el grado de perfección alcanzado por el Arte Paleocristiano de esa era.

Su frente se encuentra ricamente esculpido tallado con escenas del Bautismo de Jesucristo. Asimismo se pueden admirar a Jonás y a otra figura sedente. Las caras de las figuras centrales no fueron plasmadas, posiblemente para ser esculpidas con los retratos de sus ocupantes. Pues como los sarcófagos representaban un gran trabajo eran ordenados con anticipación.

A finales del siglo III y principios del IV, hace su aparición un nuevo estilo en la decoración de los sarcófagos. Los escultores pretenden no dejar ningún espacio sin trabajar, por lo que, en su parte frontal aparece un friso esculpido, en forma ininterrumpida, con pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento.

En los últimos años del siglo IV, aparece un nuevo cambio: el friso del frente se divide en forma horizontal. De esta manera se acentúa el número de figuras y escenas. Posteriormente, aparece en el centro del friso un gran óvalo con la efigie de la persona que yace en él.

Después del Edicto de Milán, aumentó en el número de sarcófagos cristianos y con ellos surgió una nueva temática, *“el triunfo de la Iglesia”*. El sarcófago que se encuentra en la Iglesia de San Ambrosio de Milán, es un claro ejemplo de lo anterior.

Se han encontrado estatuas de cuerpo entero, procedentes de la misma época y cuyo tema que se repite, con gran profusión, es el del *“Buen Pastor”*, utilizando como modelo la muy conocida figura del *“Apolo cargando sobre sus hombros una oveja”*. Los escultores cristianos, sin abandonar la propia simbología, iniciaron trabajos escultóricos cuyo tema era la Pasión de Cristo prueba de ello es la elaboración en el siglo IV del sarcófago de Junio Bassus en donde se pueden admirar escenas de la Entrada de Jesús en Jerusalén y el Prendimiento, pues fueron los sarcófagos los ejemplos más claros de un arte que en siglos anteriores alcanzó su pináculo.

Con excepción hecha de las obras mencionadas, la escultura tridimensional fue poco explotada, posiblemente en contraposición a que este arte fue el más favorecido durante el paganismo. La efigie del emperador se hacía indispensable en toda ceremonia pagana, en la cual se le rendía culto y adoración como a un dios. Durante el reinado de Constantino, esa conducta fue abolida y rechazada por el propio emperador, sin embargo, los retratos esculpidos de Constantino son muy comunes, pues a pesar de sus reformas, no dejaba de ser el personaje más importante del Imperio y en todos sus

territorios eran solicitados. Merecen especial atención las colosales cabezas de mármol que actualmente se encuentran en los museos de Florencia y Nueva York.

El nuevo estilo produjo estatuas, como la de San Hipólito, que se conserva en el Museo Lateranense de Roma; o la de San Pedro en las Grutas Vaticanas. Llama poderosamente la atención la estatua, única en su género, en la que aparece un Cristo imberbe, sentado en una “silla curul”, -misma que entre los romanos era ocupada solamente por las altas dignidades- en actitud de impartir cátedra, pues en su mano izquierda sostiene un “Rollo de la Ley”.

Posteriormente, a los símbolos paganos transformados, se les sumó el “Crismón” y algunas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, como la “*Entrada de Jesús a Jerusalén*”, “*El Prendimiento*” y “*la Coronación de espinas*”. Una escena que se repite una y otra vez en los sarcófagos de los siglos IV y V, es “*la entrega por Jesús de las llaves de la Iglesia a San Pedro*”.

La imagen del Cristo crucificado, tal como se muestra en la actualidad, no aparece en ningún momento del arte paleocristiano. En una puerta de la iglesia de Santa Sabina se ve a un Cristo en posición de crucificado, acompañado de los dos ladrones; pero su presentación es en forma incruenta, no aparece ni la corona de espinas ni ningún otro rastro de tortura.

5.3 MARFILES

El marfil (producto obtenido de los colmillos de algunos animales, como la morsa, el hipopótamo y especialmente el elefante), por su dureza, tonalidad y hermoso brillo, fue una mercadería que en la antigüedad alcanzó una gran demanda. Era transportado a Europa por grandes caravanas que transitaban por rutas específicas, algunas provenientes de países del sureste asiático, otras, en su mayoría, del corazón de África. Éste material fue conocido desde la más remota antigüedad; diversos utensilios encontrados en las cavernas así lo indican.

Grandes escultores de la Grecia clásica, como Fidias lo emplearon en extraordinarias estatuas como la Pallas Atenea, que estuviera colocada en el Partenón de Atenas. En Roma, por su alto precio, se utilizó solamente en la confección de artículos de ornato, como brazaletes, medallones y pequeñas cajas, las que eran talladas con diversos motivos, en las que “...*mujeres acaudaladas guardaban cosméticos o las cartas de amor*”, como textualmente comenta el historiador Plinio.

Durante el período paleocristiano se tallaron magníficos marfiles que incorporaban episodios del Nuevo Testamento, como el conservado en el Museo Nacional de Munich, llamado “Las Tres Marías”, en el que se puede observar, en primer plano, a tres mujeres; al fondo el Santo Sepulcro en el que se apoyan dos personajes en actitud doliente. El motivo principal se localiza en la parte superior derecha, en la que se aprecia a Cristo ascendiendo al cielo por una suave escalera formada por nubes, al costado se encuentran dos de sus Apóstoles que asisten

asombrados al acontecimiento. De lo alto, también entre nubes, sale la mano del Padre que lo sostiene.

Otra delicada obra de este mismo material y que pertenece a la Colección Tribulzio del Palacio Sforza, en Milán, es una tableta de 30.7 cm. por 13.4 cm. que está dividida en dos tableros superpuestos, separados por una franja ornamentada propia del siglo IV. En el tablero superior aparece la silueta del Santo Sepulcro, resguardada por dos personajes, los que se supone son soldados, puesto que se encuentran armados, aunque no porten los uniformes militares de la época. Uno de ellos, a nivel del suelo, sostiene su lanza diagonalmente, misma que forma la perspectiva, provocando la sensación de profundidad. En el cielo se ven las figuras de un toro y un ángel, símbolos de los evangelistas San Lucas y San Mateo. En el segmento inferior aparece Cristo sentado frente a las puertas abiertas del sepulcro, hecho que simboliza su resurrección. A sus pies están las Santas Mujeres que le rinden veneración. Algunos estudiosos afirman que la figura principal no es Cristo sino un ángel, sin embargo la mano derecha en actitud de bendecir, la izquierda que porta el Rollo de las Escrituras y la postura inclinada de las mujeres, demuestran que es Cristo.

Como se mencionó anteriormente, el marfil también fue empleado para la fabricación de pequeñas urnas que, durante la época a que hace referencia éste capítulo, fueron decoradas con pasajes del Evangelio y usadas especialmente como relicarios o lipsanotecas.

Un arca conocida como la “Lipsanoteca de Brescia” por encontrarse en el museo de dicha ciudad italiana, posee características extraordinarias, pues además de la perfección y realismo de sus figuras, la tapa y los cuatro costados presentan pasajes completos de la Pasión de Cristo. Uno de sus lados muestra en todo su dramatismo el “Prendimiento en el Huerto de los Olivos”, en donde se ven soldados con antorchas y armas. A la derecha de la misma placa se aprecia la escena de “la negación de San Pedro”, que es simbolizada con el gallo. En otra de sus caras se ve a Cristo presentado ante Caifás y ante Pilatos, quien aparece lavándose las manos. En este pequeño panel se llegan a contar hasta catorce figuras. En su parte posterior, está tallado el episodio de Ananías y su esposa Safira, que siendo cristianos de Jerusalén, trataron de engañar a los Apóstoles, reteniendo para ellos gran parte de los bienes pertenecientes a su comunidad y que por haber mentido en nombre del Espíritu Santo cayeron muertos a los pies de San Pedro.

Del mismo tipo es la caja que el Museo Británico mantiene en custodia. La misma reproduce en marfil un sarcófago en la que aparecen los consabidos pasajes de la Pasión, a los que se suma la figura de Cristo llevando la cruz. En los extremos del mismo panel frontal aparecen Poncio Pilatos en el acto de lavarse las manos y la negación de San Pedro.

Otros objetos en los que el marfil se vio enriquecido con excelentes tallas fueron los “*pixides*”, que son pequeños cilindros en los que se transportaba la Eucaristía. En las cercanías de la ciudad de Treveris (Alemania), plaza que fue residencia temporal de

Constantino y Santa Elena, fue encontrado un objeto de este tipo con la imagen de un Cristo entronizado, rodeado por sus Apóstoles. Ésta joya se encuentra actualmente en el Museo Nacional de Berlín.

5.4 PINTURA

El siglo III fue muy pródigo en la producción de pinturas, acaso porque el número de cristianos se había incrementado Y se hace notorio, a mediados de éste mismo siglo, un gran avance, tanto en sus técnicas de ejecución, como en los temas tratados, pues se apartan de las primitivas figuras lineales que hasta entonces habían prevalecido; acercándose más a una estética clásica propia de griegos y romanos. Respecto a su temática se pueden apreciar imágenes innovadoras, como lo son las cabezas de San Pedro y San Pablo, pintadas en los muros de la tumba de los Aurelii o las plasmadas en las catacumbas de Santa Priscila en Roma, en donde aparecen varias figuras que bien podrían ser representaciones de la Virgen con el Niño o de la Virgen Orante.

Las primeras pinturas con las características de lo que ahora llamamos “estilo paleocristiano” aparecen, como anteriormente se dijo, en Dura Europos, así como también en las catacumbas romanas. Son figuras estáticas, planas, sin paisaje.

La representación más antigua de la Virgen proviene de la segunda mitad del siglo II, y se encuentra en la llamada “*capilla griega*” dentro de la catacumba de Priscila. La Virgen parece proteger a Jesús, que tiene en sus brazos. Esta catacumba presenta también una escena extraordinaria en la que se ve a María, que sostiene al Niño con el brazo izquierdo; an el lado opuesto se encuentra el profeta Isaías, quien había profetizado: “*He aquí que una doncella concibe y da a luz un hijo*” (Ls. 7,10-16). La Virgen tiene la cabeza cubierta por un velo mientras que Isaías, con su brazo levantado, señala la aparición de la estrella de ocho puntas que simboliza al cielo invisible y que con antelación ya había anunciado “*Una estrella se destaca de Jacob, surge un cetro de Israel*” (Núm. 24,17).

Fuera de las catacumbas, contadas pinturas procedentes de la época de Constantino han llegado hasta nuestros días. Sin embargo ya es posible apreciar un cambio en su estilo y en su temática, al hacerse las figuras mas estilizadas y renunciando a los símbolos, que por otra parte ya no eran necesarios, pues se contaba con absoluta libertad religiosa.

A finales del siglo IV, durante el reinado de Teodosio la pintura logra su mayor grado de desarrollo y el gusto artístico sufre una gran transformación al preferirse el mosaico a la pintura mural.

El modelo que se repite una y otra vez es el “Pantocrátor”, es decir el Cristo Resucitado y en toda su plenitud, colocado en el lugar de honor que era la cúpula principal. Los muros laterales eran reservados para diversas escenas bíblicas. Un ejemplo de lo anterior se encuentra en Roma, dentro de la basílica de Santa María la

Mayor, en donde en el ábside se pueden admirar pasajes de la infancia de Jesús y en los muros escenas del Antiguo Testamento. Otro ejemplo es la iglesia de Santa Pudenciana construida entre los años 432 a 440.

En las grandes iglesias empezaron a pintarse frescos que describían diversas escenas de los Evangelios. La Pasión de Cristo también se vio representada en la iglesia de Santa Constanza, donde se pintó por vez primera el “Ecce Homo” o como comúnmente se conoce “Jesús ante Pilatos”, o la cúpula de la catedral de San Jorge, en Tesalónica, donde, también por primera vez se presentó a un Cristo triunfante, con la Cruz al hombro. En esta época no se representaba la Crucifixión y todas las imágenes en donde aparecía Cristo carecían de señales del tormento a que fue sometido.

5.5 MOSAICOS

Este tema, por sus características especiales, merece ser tratado en forma independiente, aunque un gran número de autores hagan de la Pintura y el Mosaico un mismo asunto.

Los mosaicos, en los primeros siglos de nuestra era, llegaron a ser una de las principales expresiones artísticas que, al ser incorporadas a la arquitectura, formaron las más preciadas joyas que el ingenio humano haya producido. Los mosaicos fueron utilizados por persas, fenicios y griegos para decorar los pisos de sus monumentos. Los primeros mosaicos estaban elaborados con pequeñas piedras de colores que conformaban un dibujo y se fijaban por medio de cualquier material adhesivo, como el betún, estuco, yeso, etc.

Se puede afirmar que los primeros mosaicos integrados a monumentos cristianos son los descubiertos en la Catacumba Vaticana. Este mosaico recubre el interior de una pequeña cúpula de lo que se ha llamado el Mausoleo de los Julios. Su tema nos remonta a la estética griega, ya que una gran enredadera con delicadas hojas de parra sirve de fondo al carro del sol.

Otro ejemplo del esplendor de este arte es el mausoleo de Constantina, hija menor del emperador, en lo que ahora es la iglesia de Santa Constanza, en Roma, construida por orden de Constantino entre los años 337 y 354, y que estuvo profusamente decorada con mosaicos. En el siglo XVI, sin embargo, fue despojada de ellos. Afortunadamente habían sido copiados y descritos y los museos vaticanos conservan antiguos dibujos que los reproducen en su totalidad.

Los escasos mosaicos que perduraron en las criptas de Santa Constanza no contienen ningún mensaje cristiano, en cambio, podemos admirar una gran vid que envuelve el retrato de Constantino; en sus esquinas aparecen escenas de las labores de la vendimia. Estas obras de arte, desafortunadamente, se encuentran en un grave estado de deterioro y en gran parte han desaparecido.

No solamente en Roma se encuentran mosaicos de esta época. En las cercanías de la ciudad española de Tarragona, se localiza el Mausoleo de Centcelles, el que para algunos fue originalmente una terma privada que después se dedicó al culto cristiano. Los mosaicos que lo recubren han sido fechados por los especialistas como de mediados del siglo IV. Otro ejemplo, que por su tema lo hace especialmente importante, es el localizado en la capilla de San Aquilino, dentro de la iglesia de San Lorenzo en Milán. En él se muestra a Cristo entre sus Apóstoles. En otro sitio diferente de la misma capilla aparece un pastor con sus ovejas bajo el carro de Elías. La ciudad de Nápoles también cuenta con mosaicos de la misma factura. En el baptisterio de San Juan están representados ocho personajes, posiblemente mártires. En la cúpula se puede apreciar una gran cruz.

Durante más de un siglo se elaboraron mosaicos con temas similares. En la iglesia de Santa Pudenciana existe, de acuerdo a los expertos, el mosaico más representativo de la época. Su importancia radica no solo en su esplendor estético, sino en la particularidad de su tema, pues por primera ocasión aparece representado un Cristo Resucitado, en toda su Majestad, rodeado por sus Apóstoles y algo que ha confundido a los estudiosos, los símbolos de las Iglesias de los judíos y de los gentiles, aunados a una serie de figuras de mártires.

El arte de confeccionar mosaicos era sumamente costoso y requería del mecenazgo del emperador o de un personaje acaudalado. La selección de los temas representados reflejaban, de una manera más auténtica que en otras artes, el ambiente político, social y religioso que prevalecía.

La manufactura de un mosaico requería de varias etapas: sobre el muro desnudo se aplicaba con brocha un agente impermeable como betún, resina o alquitrán. Una vez seco, se ponían varias capas de argamasa; la primera era espesa y contenía otros ingredientes como arena y polvo de ladrillo. Para las bóvedas se insertaban clavos con el fin de darle mayor adherencia a la mezcla. La segunda capa era de una consistencia más fina lo mismo que la tercera, solamente que esta se colocaba por secciones de un tamaño apropiado a lo que correspondería a un día de trabajo, a fin de que se mantuviera húmeda y maleable. Sobre esta base se dibujaba un diseño preliminar al que había que seguir y respetar. Los diseños seguían al pie de la letra lo dispuesto por manuales que servían de guías y los mosaicistas no podían apartarse ni un ápice de lo dispuesto en ellos. Una vez completada la porción del mosaico se aplicaba presionándolo sobre la argamasa.

Para manufacturar el vidrio con que estaban hechas las pequeñas piezas del mosaico o teselas, se fundía en un horno una mezcla de arena muy fina y óxidos de sodio y de calcio; el color deseado se añadía una vez que entraba en fusión la mezcla señalada. Cuando se deseaba obtener el color dorado o plateado se colocaban hojas extremadamente delgadas de oro o plata entre dos capas de vidrio, de esta forma se evitaba su oxidación.

Este proceso tomaba mucho más tiempo que el que requería la pintura al fresco; como ejemplo se tiene la Iglesia de Cora, cuyos frescos requirieron de un año para ser pintados mientras que para sus mosaicos fueron necesarios tres.

Los mosaicos más esplendorosos no harían sin embargo su aparición sino hasta algunos siglos después.

5.6 EL VIDRIO

Desde los tiempos más remotos fue conocida la técnica de la fabricación del vidrio. En Egipto fue descubierta, en los muros de una tumba del siglo XV A.C., una pintura que ilustra el taller en donde era fabricado. En las ruinas de algunos palacios asirios se han encontrado fragmentos de este material. Herodoto, el historiador griego, dijo haber visto en Tiro una columna que brillaba por la noche, por lo que supuso estaba hecho de vidrio coloreado. Plinio y Estrabón, historiadores también, explican detalladamente su proceso de fabricación y señalan a Tiro, Sidón y Alejandría como las ciudades en donde se localizaban en la antigüedad los principales talleres en donde se elaboraba el vidrio

El testimonio latino más completo referente al vidrio corresponde a Plinio, el Viejo, quien en su obra *“Historia Natural”* explica su origen y atribuye su invención a unos mercaderes fenicios cerca del río Beli. *“Se cuenta que unos mercaderes de nitro, habían anclado su nave y se alistaban para preparar sus alimentos; como que no encontraban ninguna piedra para sostener en alto sus marmitas, usaron trozos de nitro de su carga. Una vez que estos se encendieron y mezclaron con la arena de la playa, los asombrados comerciantes observaron que fluían riachuelos transparentes de un liquido desconocido que era el vidrio”*.

Hallazgos arqueológicos, principalmente en Mesopotamia, sitúan el origen del vidrio a finales del tercer milenio antes de Cristo, en plena edad del bronce. Los primeros objetos de vidrio que se elaboraron fueron varillas, cuentas de collar que imitaban piedras preciosas y otros diferentes objetos de adorno.

En siglo XVI antes de Cristo, también en Mesopotamia, se fabricaron los primeros vasos de vidrio que imitaban las formas de productos metálicos o cerámicos. La técnica que se utilizaba era la del modelado sobre un núcleo y consistía en un núcleo de arcilla modelado en la forma del objeto que se quería producir, fijado a una varilla metálica. Este núcleo se cubría con hilos de vidrio caliente.

El vidrio era un elemento escaso y costoso por lo que su uso quedaba restringido a ornamentos personales, pequeños contenedores y elementos de decoración.

Los fenicios inventaron el vidrio translúcido e hicieron con él objetos que se valoraban a la par del oro.

En Roma se hacía gran consumo de estos productos hasta que en el siglo V A.C. los empezaron a producir, superándolos en calidad y belleza. Algunas ciudades de Italia y Alemania se destacaron por la excelencia de sus obras. Coincidiendo con el surgimiento del cristianismo se inventó el soplado con molde, técnica que consistía en soplar a través de un tubo una porción de vidrio fundido, la que era colocada dentro de un molde metálico. Esta nueva tecnología permitía hacer piezas de gran variedad de formas con decoraciones en relieve y aumentar notablemente la producción, por la rapidez de su manufactura, lo que trajo consigo una considerable rebaja en sus precios, lo que hacía factible su adquisición para cualquier persona.

En excavaciones arqueológicas hechas en Colonia, Alemania, se encontró una copa de vidrio color verde claro, decorada con aplicaciones del mismo material que reproducen tres cabezas de mujer. Entre ellas se encuentran colocadas pequeñas asas que sirven para su manipulación. Como complemento de este decorado, en sus costados la copa tiene grabados algunos dibujos lineales.

5.7 LOS METALES

Sería ocioso hacer una descripción del destino que el hombre le ha dado a los metales, específicamente a los más cotizados como el oro o la plata, pues estos elementos desde siempre han sido dedicados, casi con exclusividad, a la manufactura de monedas, joyas y otros artículos ornamentales. No es de extrañar, por lo tanto, que en el siglo IV se continuaran utilizando los metales preciosos para la elaboración de exquisitas joyas.

En el Museo Británico se encuentra un colgante de filigrana de oro en forma de hexágono. Sus redondeados ángulos están ocupados por medallas que reproducen, en alto relieve, los bustos de diferentes personajes. En el centro, se ubica una moneda con el perfil de Constantino, al que rodea la siguiente inscripción en latín: “*D[ominus] Constantinus max[imus] avg[vstvs]*”, que traducida al español significa: “*Nuestro Señor Constantino Augusto Màyimo*”. Esta magnífica medalla, propia de un emperador, demuestra con creces el alto grado de perfección que habían alcanzado los orfebres romanos.

De los incontables objetos elaborados con el precioso metal, son muy escasos los que han logrado llegar hasta nuestros días, pues el oro fue el principal objetivo de los saqueos perpetrados por bárbaros, cruzados, otomanos, etc. que azolaron la región.

La plata por su color, maleabilidad y costo inferior al del oro, fue ampliamente utilizada para la confección de cruces, píxides, cajas, relicarios, etc. Sería materia de un estudio especial el análisis y descripción de estas obras generalmente elaboradas con plata laminada, decorada con imágenes realzadas con la técnica del repujado.

El Museo Británico guarda entre sus tesoros un medallón triangular de plata repujada que simula una espiga de trigo. En su centro tiene realzado un Crismón

dorado y entre los brazos de la cruz el *alfa* y *omega*, primera y última letra del alfabeto griego. Esta pieza cobra gran importancia por lo original de su diseño y su sorprendente técnica de manufactura.

Destacan algunas lámparas que presentan diseños totalmente innovadores. La aleación del estaño con el cobre dio como resultado el bronce que, en el período descrito, fue utilizado para la elaboración de muy diversos enseres.

Una lámpara, perteneciente ahora a la colección del Museo Arqueológico de Florencia, reproduce un navío con la vela desplegada; a bordo se aprecian dos personas, una de ellas conduce el barco, la otra, se encuentra en actitud de oración. El mástil tiene una placa con la siguiente inscripción: “*Dominus Legem Da*”, que significa “*El Señor da la Ley*”. La simbología contenida en esta inscripción es manifiesta, por lo que se ha interpretado que la nave es la Iglesia, la vela desplegada su avance y es el propio Jesús quien la guía.

Sería interminable analizar todos y cada uno de los objetos, que elaborados con las más diversas técnicas y materiales, sufrieron profundos cambios, tanto en su diseño como en su utilización a la llegada y proclamación de la libertad religiosa.

5.8 LITERATURA

En el siglo I, el hecho literario más trascendental es la redacción de los Evangelios y el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Es necesario aclarar que las fechas que se dan a continuación son aproximadas, ya que la propia Iglesia no los ha fechado con exactitud, pues se limita a decir que son de inspiración Divina.

Se estima que el primer Evangelio, el de San Marcos, fue escrito entre los años 50 y 60, en Roma. San Mateo, por su parte, escribió su Evangelio en los años 60-70, en arameo, seguramente durante su permanencia en Siria. El Evangelio de San Lucas, fue escrito en griego durante los años 70 y 80. San Lucas es también autor de los Hechos de los Apóstoles. San Juan escribió su Evangelio en la isla de Patmos aproximadamente en el año 95, habiendo sido redactado en griego.

Otros escritos trascendentales de ese siglo fueron “*Las epístolas*” de San Pablo, Santiago, San Pedro, San Judas Tadeo y San Juan y *El Apocalipsis*.

En el siglo II surgen los escritores cristianos Arístides, San Irineo de Lyon, Tertuliano, San Justino y San Clemente de Alejandría.

Aparece en el siglo III Eusebio de Cesárea, eminente historiador cuyas principales obras son la “*Vida de Constantino*” y la “*Historia Eclesiástica*”. Otros insignes escritores de este siglo fueron San Dionisio de Alejandría y San Cipriano.

En el IV brilla con luz propia San Agustín, que, con su obra “La Ciudad de Dios”, trascenderá los siglos. Como poeta sobresalió Prudencio; su obra principal es “*El Peristephanon*” o “*Libro de las Coronas*” cuyos seis primeros himnos están dedicados a los Mártires. Amiano Marcelino descolló como cronista e historiador en la época de Juliano. Otros escritores de gran valía fueron también San Gregorio de Nisa, San Dámaso, y San Ambrosio.

Las figuras más prominentes del siglo V fueron León Magno², quien escribió cerca de 100 discursos y cuya obra epistolar fue muy extensa, y Cirilo de Alejandría, quien presidió el concilio de Efeso, combatiendo con sus obras la herejía nestoriana.

5.9 MÚSICA

Los cristianos tomaron de la religión judía el empleo del canto en sus ceremonias religiosas. Los salmos y oraciones eran cantados como si fuese un parlamento. Esta forma melódica llamada “*Cantilación*”, es la forma más antigua de adaptación musical a un texto. En esa época la música cristiana no tuvo grandes cambios; el más notorio de ellos fue la introducción de una nueva forma de entonar los textos, implementada por un monje llamado Alcuino. Esta consistía en el cambio del tono acompañado de una diferente cadencia al entonar las oraciones o salmos. Durante casi diez siglos fue utilizado este modelo de oración, hasta que apareció la música escrita.

San Agustín, en sus “*Confesiones*” respecto al canto y la música religiosa comenta: “...*Mi madre, vuestra fiel sierva, a quien tocaba la mayor parte del cuidado y consternación que padecían los fieles, era la primera en concurrir también a aquellas vigiliass que celebraban, de modo que no vivía sino de sus oraciones. Yo, que todavía estaba frío en la devoción, y faltó del calor y fervor de vuestro espíritu, no dejaba de conmoverme con el susto y turbación que padecía toda la ciudad. Entonces fue cuando se estableció que cantasen los fieles himnos y salmos, según se acostumbraba ya en las iglesias de Oriente, para entretener y divertir el tedio y la tristeza que pudiera acabar de sobrecoger al pueblo; y desde entonces hasta el día de hoy se ha continuado este piadoso ejercicio, que han adoptado ya casi todas las iglesias del universo, siguiendo el ejemplo de la de Milán*”. Fue también San Agustín quien escribió el primer tratado conocido sobre música religiosa.

Se desconoce la forma melódica de la salmodia, es decir de la forma en como eran entonados los salmos, aunque si son conocidos los versículos que eran cantados con una misma melodía o aquellos que su cántico se alternaba entre dos grupos, así como también los que debían contener una alabanza final por parte de los fieles.

“El canto responsorial”, que varía para cada fiesta litúrgica del año, fue puesto en práctica desde el primer siglo de nuestra Era. Un siglo más tarde, de acuerdo a lo

² León Magno fue aquél célebre Papa cuyo valor salvó a Roma de Atila el Huno, cuando éste se disponía a marchar contra la gran ciudad.

narrado por San Hipólito, los creyentes respondían al canto del diácono con un ¡Aleluya!

Los documentos del Concilio de Laodicea efectuado entre los años 343 y 381, hacen mención por vez primera al oficio del “cantor”, que desde el ambón cantaba una plegaria, misma que era contestada por los asistentes. A finales del siglo VII, en Occidente, los coros de las iglesias, o schola, hacen su aparición.

6 LA CAÍDA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE

El emperador Constantino I, el Grande, murió el 22 de mayo del año 337 y sus hijos Constancio, Constantino II y Constante, respectivamente detentaron el poder. En el año 360 tomó el poder Juliano, quien abjuró del cristianismo y se hizo pagano. El reinado de Juliano duró escasamente menos de tres años, durante los cuales los cristianos volvieron a ser perseguidos.

Juliano, en una misiva, explicó las razones que le impulsaron a cambiar de religión: “*Homero, Hesíodo, Demóstenes, Heródoto, Tucídides... ¿es que no creían que los dioses eran los guías de toda educación? Yo encuentro absurdo que el que comente sus obras desprecie a los dioses que ellos honraron...*”. Firme y decidido, inició una nueva persecución contra los cristianos, que aunque no fue tan cruenta como las emprendidas por otros emperadores paganos anteriores, tuvo consecuencias funestas. Esto debido a que la misma se enfocó expresamente en contra de la dignidad de la persona, al permitir que los cristianos fuesen blancos de todo tipo de vejaciones. Entre otras cosas, se les excluyó de toda actividad cívica, prohibiéndoseles recibir cualquier tipo de educación. Por otra parte, se autorizó que los edificios de las iglesias cristianas fuesen saqueados y utilizados con diferentes fines, menos aquéllos para los cuales estaban destinados.

Un ejemplo de esta persecución es el castigo que aplicó a Cesárea de Capadocia, donde los templos paganos habían sido destruidos. Juliano la borró de la lista de ciudades y le devolvió su antiguo nombre de Mazaca. Además, le aplicó una multa de 300 libras de oro y enroló en el ejército a todos los clérigos de la ciudad.

En junio de 362 promulgó la “*Ley de Enseñanza*” en virtud de la cual los profesores de gramática, retórica y filosofía solamente podían ser nombrados por el poder central, previa propuesta de aquellos municipios que certificaran no ser cristianos.

A pesar de todas estas medidas persecutorias, Juliano no logró ningún éxito, pues la mayoría de los habitantes de las ciudades eran ya de religión cristiana y los campesinos, generalmente siervos de grandes terratenientes, vivían más en

concordancia con los principios cristianos que con una religión a la que no comprendían.

Durante los casi tres años de su reinado, las agresiones por parte de los persas se sucedieron con frecuencia haciéndose cada vez más graves al punto de amenazar directamente la propia Constantinopla. La difícil situación obligó a Juliano a convocar tropas de diferentes puntos del imperio para salir a combatirlos, pero por carecer de los recursos económicos suficientes para sostener una larga campaña decidió retirarse. Durante una escaramuza recibió una herida de flecha que le causó la muerte. Cuenta la tradición que sus últimas palabras fueron “*Venciste Galileo*”, refiriéndose al triunfo del cristianismo sobre sus ideas paganas.

Juliano murió sin dejar descendientes y al no haber un aspirante legítimo al trono, sus generales, en nombre del Imperio eligieron como emperador a Joviano, quien de inmediato pactó una deshonrosa paz con el rey persa y decidió regresar de inmediato a la capital, así como también, derogar las impopulares medidas que en materia religiosa había impuesto el anterior gobernante.

No ha sido posible que se pongan de acuerdo los historiadores sobre la fecha de la caída del Imperio Romano de Occidente. Algunos establecen el año 476, fecha en que Odoacro derrocó al último emperador romano Rómulo Augústulo. Otros afirman que el Imperio, como tal, desapareció cuando el emperador Teodosio separó Occidente de los territorios de Oriente.

En el año 391 Teodosio, más preocupado con los problemas de la fe que de los asuntos de estado, declaró al cristianismo religión oficial. Orientó al arte cristiano a sus más altos niveles, pues bajo su patrocinio los mejores artistas del imperio produjeron sus obras siguiendo los lineamientos del arte recién nacido. Puede afirmarse, paradójicamente, pues durante su gobierno desaparecieron los ritos paganos que aún subsistían, incluidos los Juegos Olímpicos, que se retomó en cierta medida el espíritu helénico, al mezclar escenas bíblicas con elementos paganos.

La evolución artística es un hecho consumado puesto que las obras de arte son representadas con una mayor riqueza, tanto en colorido como en forma. Los mosaicos alcanzan una excelente factura y son edificadas, bajo su mandato, esplendorosas basílicas, como la de San Lorenzo en Milán

El Arte Cristiano sufrió, en esta época una profunda división, quedó separado definitivamente en dos corrientes: la oriental y la occidental. La oriental, desarrollada en Bizancio, estaba destinada a permanecer inmutable y a nunca desaparecer; la occidental seguirá caminos diferentes y estará expuesta a cambios y transformaciones profundos.

La llegada de los invasores bárbaros, que en un principio significó un obstáculo para el avance del arte cristiano, representó en los años subsecuentes un acicate para su desarrollo. En el siglo VI, el rey godo Teodorico, ordenó que en Rávena, capital de su

nuevo reino, fuese construida una gran basílica dedicada a San Apolinar. La misma representa el mejor ejemplo de la arquitectura de la época.

Manuel Vega
Febrero de 2005

7

BIBLIOGRAFÍA

Miscelánea Medieval. Judith Herrin. Linda y Michael Falter. Emmanuel Le Roy Ladurie. Traducción: Gea, Técnicos en Edición, Madrid. 2000. Grijalbo. Barcelona

Francisco Abate. Arte Paleocristiano y Alto Medioevo. Grupo Editoriale Fabbri 1966

Philippe Aries y Georges Duby. Historia de la Vida Privada. Tomo 1) Del Imperio Romano al año mil. Dirección: Grupo Santillana Editores, 2001

John Beckwith. Arte Paleocristiano y Bizantino. Manuales Arte Cátedra. 1997

Procopio de Cesarea Historia Secreta. (Selección de Virginia Erhart) Centro Editor de América Latina, 1970

Joseph Vogt. Constantino el Grande y su siglo. Ediciones Peuser. 1956.

John Lowden. Early Christian and Byzantine Art. Ed. Phaidon